

Ignacio Lasso

A Jaime Torres Bodet

MIREILLE

I

Era en la más pura adolescencia del paisaje
el equinoccio de aquel sueño.
Un extraño langor pervertía la acuidad de sus pliegues,
trepaban por la sombra surtidores de música,
yedras de una sustancia más feliz que el silencio.
Una luz tamizada por membranas de agua,
erigía delgadas columnas inefables.
Arrugados heliotropos de aire
devengaban menudo polen de ausencias.
Y de no poder regresar la mirada
se endurecía el tiempo,
fosilizando
domesticadas faunas de recuerdos.

Era un mundo que había olvidado la superficie
sin lograr recordarme, ni uno solo de sus teoremas.

II

La posible sorpresa de un otoño
nos encalabrinaba más allá de las brumas
—donde la caricia despaciosa
florece en innumerables ecos—
Y no se sabía
en cuál fronda, la más remota del viento:
fué que pudo agostarse la promesa del sonido.
Se maclaban las cosas más distantes.

Tú misma no eras sino:
 la inefable sonrisa abstracta
 que logramos de pronto percibir,
 en la corola inédita de una flor
 cultivada en la melancolía de una sonata.

III

Salí en tu busca por todos los colores
 y por todas las latitudes del perfume;
 hacia el fondo,
 en la marea de esas músicas húmedas
 donde las algas agitan apenas
 —en trémolos tiernos—
 la vehemencia de su clorofila,
 donde las valvas nacaradas de las lunas
 ofrecen alegres dehiscencias de besos.

Pero, tú, aún no estabas;
 ni tu mirada azul, ni el reflejo de tu mirada.
 Sólo una leve brisa de oboes
 bemolada por frecuencias de escarcha,
 predecía tu presencia
 entre un coro de nenúfares esbeltos.
 Yo ansiaba detener el aire, y la intención del aire.
 No dejar extraviar ni una pausa
 de ese lenguaje, amado solamente en los sueños.
 Pero no era bastante,
 el deshielo de mi imagen en el espejo,
 para justificar esa perseverancia de río
 dispuesta a sufrir el pavor de las cascadas
 por llegar a vivir su inquietud en tus ojos.

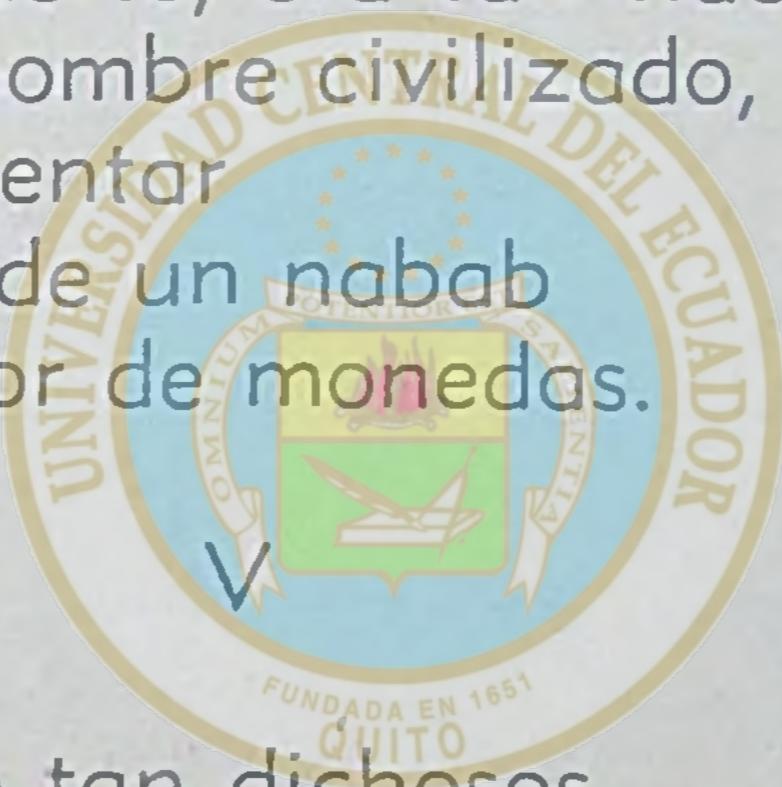
IV

Tu voz y mi voz
 flotaban en un oleaje indúctil.
 Ya no podrían llegar
 los orfeones pertinaces de las esclavitudes.
 Eramos más solos y más libres
 que Robinsón en su isla,
 estábamos aptos
 para supervivir un diluvio.

Es que habíamos descubierto al fin
sobre una extensa madrépora de risas,
el anillo de un "athol" hospitalario.

Tú no creías
en el ángel que inventó el relámpago,
ni tampoco en aquel tribunal de fantasmas
encanecidos en el silogismo;
sin embargo
te gustaba vestir una tristeza indefinible,
te apenaban esos seres nacidos del capricho de una hada
y sufriás por la vejez de las hermosas palabras.

A veces me embargaba un gran miedo.
No hubiera querido perderte, era tan flaco mi aliento,
temía la traición de tu nombre civilizado,
que tal vez pudiese fomentar
la fastuosa embriaguez de un nabab
o el tacto de un acuñador de monedas.



Como quiera hemos sido tan dichosos
y tan diáfanos,
una hora inapreciable y sin un solo desvelo
en el mejor meridiano de los sueños.
Frente a las ramas del delta que desemboca mi gozo
el sol y todos los sentidos abiertos.

1933